

INAUGURACIÓN DEL AÑO UNIVERSITARIO

La Función Ética en las Universidades Argentinas

Discurso del Vice-Presidente doctor Enrique Herrero Ducloux

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES PROFESORES:

Cumpliendo una disposición de nuestros Estatutos, nos reunimos para iniciar oficialmente un nuevo curso universitario.

Hace un año que, congregados como hoy con los mismos fines é investido también entonces de la más alta autoridad dentro de la institución, daba la bienvenida y abría las puertas del gran hogar universitario al eminente profesor de la Universidad de Berlín, doctor Walther Nernst, quien debía hacernos partícipes de sus enseñanzas y estrechar más y más los lazos que nos unían á esa colmena maravillosa de la Alemania intelectual.

Los votos formulados en aquella ocasión solemne se cumplieron, los ensueños forjados se definieron más y al decir adiós al Maestro, pudimos sintetizar su obra breve pero profunda, en nuestro ambiente, comparándola con el rayo de sol que ilumina de pronto el aire obscuro, silencioso, desierto é inmóvil y en él descubre y agita enjambres de corpúsculos infundiéndoles la vida.

Pero el encanto no debía durar. Pocos meses después, el espectro de la guerra se alzaba sobre el mundo como una visión maldita y la magnitud de la catástrofe nos sumergía en una pesadilla que se ha reflejado en todas las manifestaciones de nuestra vida nacional á través de la distancia, á pesar de nuestra neutralidad.

Vivimos una hora trágica, solemne y dolorosa de la historia humana: el espíritu sorprendido y espantado, no atinaba en los primeros días á discernir cuál de los aspectos del gigantesco drama más hondamente lo impresionaba, si el horror de la carnicería, la magnitud y el valor de las ruinas amontonadas tras los ejércitos, la paralización de la vida económica universal ó la visión inquietante del mañana. Pero la conciencia fué lentamente definiendo los hechos, localizando

la herida y así estableció la razón de lo intenso del sentimiento: era el derrumbe de ilusiones y de ensueños largo tiempo acariciados, era el rudo despertar bajo el huracán de hierro y fuego juzgado imposible, era la bancarrota de una moral que creíamos sólida osatura del edificio, cuando no era sino frágil andamiaje. Y el espectáculo danresco de la comedia humana se ha abierto ante nosotros, mostrándonos hollado el derecho por el interés, olvidadas las leyes, conculcadas la razón y la justicia y reavivados los odios y rencores que tan solo son virtudes en las bestias de las selvas.

¿Lanzaremos acusaciones á éstos ó aquéllos? Lejos de nosotros tal locura. Admiraremos el esfuerzo ciclópeo de esos pueblos armados para defender sus ideales ó proteger sus vitales intereses y contentémonos con repetir el *vae victis!* tan profundamente amargo y tan intensamente verdadero á través de la historia; y si la filosofía ha de adaptarse al momento, en la imposibilidad de modificar la evolución de los hechos, no lamentamos la ruda prueba á que nos vemos sometidos, pues que no osaríamos siquiera lamentarnos de que sea inevitable, fatal, ineludible, que los hijos de nuestros hijos deban morderse y despedazarse como fieras en una lucha comparable á la presente.

Mas esto no significa que nos desentendamos de las cuestiones que se plantean y que de esa crisis derivan. La Universidad participa demasiado en la vida nacional para que pueda aparecer indiferente ante lo que hoy es preocupación obsesionante de los hombres de pensamiento del mundo entero. Los efectos del primer choque tuvieron su eco en el vibrante discurso del doctor Joaquín V. González «La Paz por la Ciencia», al entregar los diplomas á nuestros ex-alumnos de 1914 y, desde entonces, las revistas extranjeras — aun las científicas — nos traen las opiniones, muchas veces contradictorias, de sabios y poetas, de artistas y filósofos de todas las razas, como las publicaciones de nuestro país, dedican números especiales de sus series á estudiar los orígenes de la tragedia y sus proyecciones en el futuro.

Todos los centros intelectuales se han conmovido, sintiéndose comprometidos en la acción y especialmente aquellos cuya misión es formar las clases dirigentes ó encarnar los ideales más elevados de la nacionalidad y de la raza. ¿Qué prueba la iniciativa de ese poderoso grupo de intelectuales alemanes, al levantarse como un solo hombre, vibrantes de indignación, contra las acusaciones lanzadas á los ejércitos del imperio, sino la conciencia de la responsabilidad directa é indiscutible que cabe á los núcleos universitarios en los actos atribuídos á un pueblo cuyo espíritu les corresponde modelar?

Cuando Henri Le Chatelier inaugura su curso en la Sorbona, abriendo un paréntesis á sus doctrinas químicas y el físico Woldemar Voigt interrumpe sus disertaciones en Gotinga para encarar las consecuencias posibles de la guerra; cuando Ostwald y Haeckel abandonan sus estudios de la materia y de la vida, para arder en el fuego sagrado de un patriotismo sin límites y William Ramsay deja de disecar el átomo para disecar el corazón humano; y en fin, cuando el matemático Appel, presidiendo la sesión plena de las cinco Academias del Instituto de Francia, afirma que la única razón de existir de

la humanidad efímera es el ideal que lleva en su conciencia, claramente se ve la honda preocupación de esos espíritus selectos, cumbres gloriosas de nuestro siglo; y hasta se adivina algo más y es la realización del fenómeno observado por Remy de Gourmont, agravado y generalizado por las excepcionales circunstancias del momento: «al penetrar más y más en la vida, (ó al encontrarse de pronto ante un abismo en el camino) es cuando se advierte que sólo el sentimiento llena este vacío extraño que poco á poco se abre en el hombre y que no pueden llenar ni meditaciones ni ensueños intelectuales. Un día se descubre la piedad, la bondad, el amor», en una palabra el pensador despierta hombre.

El autor de la apología de Raimundo Sebonde lo ha dicho con esa sencillez y profundidad que lo han hecho célebre: «los que desprecian la ciencia atestiguan con ello su estulticia; pero yo no estimo, sin embargo, su valor hasta esa medida extrema que algunos le atribuyen, como Herillus el filósofo, que colocaba en ella el soberano bien y creía que podía hacernos discretos y felices, creencia que no comparto».

El concepto de Universidad se complica, cuando se meditan estas ideas y aquellos hechos y á sus funciones se agrega una desdeñada ú olvidada que nunca como ahora es menester reivindicar; la función ética del núcleo forjador de hombres de gobierno, de pensamiento y de acción.

La definición del poeta flamenco es incompleta aunque bella como expresión suya:

C'est la maison de la science au loin dardée
Obstinément par á travers les faits, jusqu'aux idées.

porque, el soñador de *Les Villes Tentaculaires* olvida que el monumento admirable, observatorio ó museo, academia ó biblioteca, gabinete ó laboratorio, persigue las ideas á través de los hechos, pero investiga, atesora, modela, construye y elabora para el hombre completo, para la multitud que padece y que trabaja, pero que también sufre y sueña por lo más noble que en su alma vibra.

Concebir la Universidad como una fábrica de diplomados, construir nuestras escuelas secundarias como peldaños para alcanzar aquélla y organizar nuestra escuela primaria, fundamental, como desbastadora de analfabetos, es una misma cosa; es crear un mecanismo más ó menos complicado, pero mecanismo al fin, cuerpo sin alma.

Los intereses comprometidos exigen mucho más. Nuestro presidente así lo ha comprendido en la *Revista de Filosofía*.

«He ahí el principio de la solución de nuestro problema educacional. Encontrar un foco común de orientación, una llave de armonización de todas sus tendencias y direcciones, una pauta orgánica de todas las disciplinas y graduaciones que constituyen un sistema nacional de enseñanza y una especie de *Leitmotiv* íntimo, supremo y consubstancial que mantenga la unidad de la labor desde el primero hasta el último peldaño de la ascensión espiritual de un hombre, de un núcleo, de una generación, de un pueblo hacia su destino final.

Ninguno como el nuestro necesita llegar á ese desideratum, por la hondura de las raíces de sus defectos colectivos, por la heterogénea variedad de sus caracteres territoriales y la persistencia de ciertos síntomas históricos de disociación y diferenciación orgánica. Y ningún observador atento dejará de percibir los primeros resultados de la desintegración y anarquía de nuestros sistemas educativos, que van desde la escuela primaria hasta la Universidad, en el estado actual de la cultura en las generaciones jóvenes, en el acentuado amor á los éxitos fáciles y á la superficialidad y ligereza, cuando no aversión á toda ocupación mental».

Pesimismo exagerado, se dirá. Nada de eso, verdad escueta y desnuda, amarga como verdad. Convengo en que hablar así á la multitud sería inútil y hasta peligroso, pues no se puede impunemente querer introducir en las cosas humanas un hálito de razón, como Renán lo demuestra en *Le Prêtre de Nemi* por el sacrificio del apóstol; pero vosotros, mis colegas en la cátedra ó en el laboratorio, pensáis demasiado hondamente para que no hayais sentido también que el suelo no es firme bajo nuestros pies, en este terreno, como en la aparentemente bien cimentada hoya volcánica de Pozzuoli cuando se golpea el suelo.

Es cierto que damos á nuestros alumnos métodos de investigación, que les señalamos rumbos hacia la verdad, que formamos en ellos hábitos de estudio y de trabajo, que los iniciamos en la vida serena del laboratorio y del gabinete, según sus especialidades, y les entreabrimos las puertas de los tesoros acumulados por los sabios de todas las épocas y se los señalamos como retiros donde pueden reemplazarse con el ejemplo de los que fueron ó descansar entre los pensadores serenos que vivieron en el olvido. Y creemos haber cumplido nuestro deber, sin pensar que la voz irónica del viejo Montaigne nos alcanza, envolviéndonos con un reproche justo:

«De vray, le soing et la despenche de nos peres ne vise qu'a nous garnir la teste de science; du jugement et de la vertu, nulle nouvelle».

En verdad que el cuidado y el gasto de nuestros padres solo tiende á llenarnos la cabeza de ciencia; del criterio y de la virtud no hay noticias.

Cuando leí en los *Ensayos* esta crítica del agudo alcalde de Burdeos, me dí á pensar en la respuesta que dió un erudito profesor chileno, al Presidente Montt, después de hacer un viaje de estudio por Europa, al ser interrogado sobre reformas posibles en la enseñanza superior: podría hacerse una muy grande y con muy grande economía para el Estado, decía el profesor citado; clausurar la Universidad y con el veinte por ciento de su costo actual, enviar á Europa ó Norte América un grupo de jóvenes todos los años, que volbiesen como abogados, ingenieros, médicos, etc. El proyecto me hizo reir al conocerlo, más no es risa lo que inspira al meditarlo, porque afirma la necesidad de que la institución sea, ante todo, una entidad espiritual para justificar su costosa existencia, en países nuevos, como los de la América latina, que viven por y para la agricultura, la ganadería ó las industrias primitivas.

Yo clasifico en dos grupos los analfabetos en la República: los que no saben y los que saben firmar. Masa indiferente é inerte los primeros, fluctuando entre el bien y el mal, instrumento dócil del bueno y del mal pastor, no son tan peligrosos como los segundos, pertrechados de un diploma, patente de lucro, y orientados hacia la satisfacción de sus instintos y apetitos, sin Dios, sin patria y sin conciencia.

Y el número de estos últimos es considerable ya, si hemos de creer lo que los debates parlamentarios nos revelan, las publicaciones de nuestra prensa sería y responsable nos señalan, los destierros discretos de las esferas del gobierno, que mandatarios probos han impuesto en muchos casos y la sensación de náusea involuntaria que más de un apellido despierta.

Necesitamos llamar las cosas por su nombre y que el olvido venga tras la expiación, después del castigo, pero nunca por abandono, por blandura ó por debilidad, formas más ó menos veladas de inconfesable cobardía. El diplomado amoral, analfabeto del grupo que he definido, será el juez prevaricador, el empleado concusionario, el médico traficante, el ingeniero contratista de obras de cartón, el químico envilecido ó el político sin conciencia.

Me anticipo á la observación que pudiese hacerse, recordando que Juvenal y Séneca no conocieron nuestro ambiente y les sobraron vicios y errores que censurar en su época; hay males universales y es verdad consagrada que para quien conoce el hoy, el ayer y el mañana no guardan misterios; mas á nadie escapa la necesidad de poner dique al torrente y ante todo en nuestra tierra porque es nuestra, aunque como cariatídes debamos soportar el peso en nuestras espaldas y el desborde por encima de nuestras cabezas.

Musset dejó entre sus bellísimas páginas, la confesión de un hijo del siglo, desencantada y débil, donde afirma que un hombre es bien poca cosa si debe luchar contra todo un siglo. El poeta ignoraba la epopeya de los conquistadores en América, y no sabía los tesoros de energía que guarda la voluntad humana; no podía comprender el prodigio de un puñado de hombres sojuzgando un continente, en lucha desigual y constante con los seres y las cosas; y no alcanzaba á distinguir entre la patria depósito de civilización y la patria taller de civilización que Faguet ha estudiado y que á nosotros nos toca en suerte.

Los pueblos viejos que viven de la tradición y de la historia pueden gozar del presente porque son los descendientes de las generaciones cuyas glorias cantan; pero nosotros no podemos hacer lo mismo, porque los hombres que nos han precedido son respecto de la población actual de la República que goza de su esfuerzo, como las capas profundas que el Paraná abandonó en su lecho con relación á los léngamos que hoy surgen cubiertos de bosques de naranjos, de sauces y de álamos. No, nosotros no tenemos derechos á gozar del presente con orgullo porque no es nuestra obra y poco valdríamos, si buscásemos vanagloria en lo que el sudor y la sangre de los muertos conquistara. Nuestro triunfo está en el porvenir, en amasar el mañana, en preparar su advenimiento.

Taller de civilización, ese es el ideal que entregaremos al culto de nuestros jóvenes, descendientes espirituales de los conquistadores, hijos de los *pioneers* oscuros de las llanuras y de las selvas, ciudadanos de primera fila, autores ú obreros de la nacional grandeza. No trepido en desafiar hasta el ridículo, de caer en *lo cursi*, hablando de patria en una universidad que vive en un ambiente como el nuestro y en hora como la presente: veo con una tristeza tan honda, el continuo decrecer de los desinteresados, de los soñadores y de los ingénuos; es tan avasalladora la marea de egoísmo, de rebelión, de indisciplina y de ambición sin medida; la impunidad sustituye en tan alto grado á la justicia, que temo por el porvenir espiritual de la tierra de mis hijos, sino se acude á remediar el mal que es desamor á lo noble y á lo grande y apego desmedido á los bienes materiales.

Viviendo de continuo en este ambiente, el hábito trae la insensibilidad: á bordo de las dragas gigantes que abren y tallan las islas del Delta, en medio de un ruido enloquecedor de cadenas y poleas, sacudidos por choques y trepidaciones sin ritmo ni término, en un infierno de humo, de agua y de barro, los hombres viven indiferentes, satisfechos y sanos. El choque se recibe al penetrar en el medio, contemplando el espectáculo á través de las ventanas de un laboratorio ó viniendo de las sociedades europeas estratificadas por los siglos. Uno se siente transportado á un campamento bullicioso del *farvest* ó del Klondike, sin más ley que la fuerza, sin más ansia que el oro; parece escucharse á la multitud heterogénea apiñada, bajo las ventanas del mesón del placer y de la vida, en las primeras estancias del Rubaiyat y voceando impaciente los versos del poeta persa ante la puerta cerrada:

And as the Cock crew, those who stood before
The Tavern, shouted — «Open then the Door!
You know how little while we have to stay,
And once departed, may return no more».

Detenerse á mirar, abandonar por un momento la existencia de vértigo que vivimos, contemplar la gran urbe ó los núcleos de provincia, estudiar la vida múltiple que circula y se desliza como nuestro río inmenso, bajo el sol que brilla ó en la paz aparente y engañadora de la noche. ¡Qué lección amarga y como vienen á la memoria las reflexiones de Carlyle en su *Sartus Resartus* bajo la ficción del extravagante profesor Teufeldrock!

Nos falta un ideal que nos haga llevadera la tarea de mandar y también de obedecer, carecemos de disciplina social y colectiva, porque padecemos de indisciplina individual y nos creemos disminuidos, achatados, empequeñecidos, si se nos impone como fuerza dominadora y directriz el espíritu impersonal, intangible y sabio de la columna.

Y no se me sospeche de moral timorata é hipócrita. No pretendo renunciamentos y abdicaciones, en una vida que tiene por ley original la lucha sin término. Si se tratase de hombres sin ayer y sin

mañana, sin continuidad, cualquier norma de conducta sería buena, pero,

Aus der Ewigkeit zu der Ewigkeit hin

todos ellos son eslabones de una cadena que no admite soldadura, que no tiene interrupción.

Encarnemos en nuestros hombres jóvenes nobles ambiciones, ideales grandes. La vida contemplativa y limitada es de estancamiento y de parálisis y nosotros debemos avanzar. No les ceguemos por completo el afán de la riqueza, cuando se busca por los caminos abiertos, en pleno sol, que así como la sangre es mancha ardiente é indeleble en las manos de Macbeth y timbre de gloria en el pecho del soldado que cae defendiendo el suelo patrio, así también el dinero es arma de corrupción y de soborno en manos del tahur y se convierte en palanca incontrastable para el hombre de trabajo, que con él edifica la nacional grandeza.

Que podamos decir como el filósofo al joven que abandone nuestras aulas para penetrar en la vida: tú conoces todo, pues sabes que debes ser justo; y agreguemos, es al servicio de la justicia que pondrás el saber por tí adquirido.

Y si se nos dice que lucharemos en vano, porque es tendencia invencible la busca del placer, abramos á sus ojos mundos por ellos insospechados donde pueda el espíritu esparcirse, sin caer en la mollicie ó vibrar con los triunfos de un caballo célebre ó contemplar en largas veladas la dama de *pique* ó de *cœur*. Buscar el placer, sí, pero cuando él sea digno de titanes, uniendo hasta donde sea posible el jardín de Epicuro y el huerto de Epicteto. El placer varonil del deber cumplido á costa de un sacrificio, es superior, incomparable, al goce que experimenta quien satisface el instinto: es una sensación honda y duradera, masculina, como el afrontar la ola que se rompe y brutal golpea en pleno pecho, como el escalar la montaña abrupta y nevada con las manos sangrientas, como el salvar un abismo oscuro que atrae irresistible y misterioso, como el cruzar el bosque desgarrando las carnes en la maraña salvaje.

Y así va templándose el espíritu y se hace difícil, sino imposible, que busque agua estancada para calmar su sed quien ha bebido hasta saciarse en agua cristalina. ¿Qué mayor gloria para un profesor universitario, que el haber contribuído á formar la clase dirigente del país, con tantos quilates y merecer al fin de la jornada, el delicado elogio que Ingenieros tributa á Giner de los Ríos? «Maestro de co-razón, tuvo el inquieto afán de enseñar. Enseñaba á niños en su institución, á jóvenes en la Universidad de Madrid, á profesores maduros en todas partes. Enseñaba á aprender, enseñaba doctrinas, enseñaba á vivir conforme á una moral austera, era una personificación de la moralidad, un *eticista* por su vida tanto como por sus palabras».

La superficialidad, el mercantilismo, el menosprecio de lo noble y de lo grande, el egoísmo más primitivo dan asidero á una tarea de apóstol, á poco que miremos á nuestro alrededor, sorprendiendo una conversación de nuestros alumnos en el claustro ó en la calle, en el

tren ó en el teatro, sondeando su alma para que piensen en alta voz ó sometiendo á su juicio los hechos ruidosos de la diaria crónica. Un ejemplo entre mil: pasando hace algunos días frente á un templo de nuestra ciudad — antes muerta y ahora dormida — en compañía de un futuro doctor en ciencias, á quien sobra talento, sin duda alguna, ví una mujer que de rodillas subía la escalinata hasta el atrio solitario. Callé un momento en señal de respeto, pero mi joven alumno me interpeló.

— No sé si reír ó llorar! . . .

— Ni una cosa ni la otra, le repliqué. Si no eres capaz de sentir y pensar con esa unción en tu esfera y á tu altura, si no puedes vibrar en un momento dado con tal sinceridad, con tanta valentía, ante la indiferencia ó la burla que te rodee, persiguiendo tus ideales de hombre de pensamiento, es envidia lo que debes sufrir, porque en ese mundo no se penetra con la llave de la ciencia libresca solamente. ¡Cómo se agiganta para el hombre que medita, la sombra del Ingenioso Hidalgo, enderezando entuetos y desfaciendo agravios, á través de su armadura grotesca é hilarante, cuando se vé correr sobre los hombres como la brisa sobre los llanos, al espíritu sanchopancesco, abito más que satisfecho, inspirador de piaras y rebaños, acompañando con sus ronquidos las digestiones laboriosas y el ansia de ínsulas y condados!

Estamos ayunos de idealismos. Seguro estoy de que sería excepción el hombre joven que lleva escritas en su escudo como lema, esas palabras mágicas que las viejas leyendas cuentan que Merlín trazaba, para abrir á los héroes los senderos luminosos de la gloria.

Ese es el mal y en nuestras manos está el remediarlo ó disminuirlo, como derecho innegable y como deber sagrado é irrenunciable. Fuera de los horarios, más allá de los programas y de las especialidades, todos los días y á todas las horas, siempre, luchar, persistir, hasta modelar una juventud laboriosa que se rebele contra la injusticia, que se alce contra el delito por el delito mismo, que sienta la aversión de lo inmoral, aunque se equivoque en su vehemencia, valiente sin arrogancia, respetuosa para otros valores que no sean el poder político ó la riqueza, modesta sin humildad, orgullosa sin insolencia, confiada sin abandono, ambiciosa sin osadía, con el deber como ley y la patria como diosa, y habremos realizado el tipo de hombre superior que la grandeza de la República reclama y que Fogazzaro en *El Santo* ha colocado en lugar señaladísimo:

« Hay en el mundo hombres — dice Benedetto, bajo la nube blanca de los manzanos en flor — hay en el mundo hombres, que creen no creer en Dios; y cuando la enfermedad y la muerte entran en casa, dicen: es la ley, es la naturaleza, así lo exige el orden del universo. Inclínemos la frente, aceptemos sin murmurar y prosigamos cumpliendo nuestro deber ».

Señores:

Que así sean los hombres formados por nosotros, no en esta Universidad de La Plata tan solo, sino en la grande, una y múltiple universidad argentina.